



MADS PEDER
NORDBO

**EL
ESPÍRITU
DEL
HIELO**

MADS PEDER NORDBO

EL ESPÍRITU DEL HIELO

Traducción de Daniel Sancosmed Masía

 Planeta

Título original: *Kold Angst*

© Mads Peder Nordbo y JP/Politikens Hus A/S 2018 de acuerdo con Politiken Literary Agency

© por la traducción, Daniel Sancosmed Masiá, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: junio de 2020
ISBN: 978-84-08-23000-7
Depósito legal: B. 8.738-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Tasiilaq, 14 de octubre de 2014

Tupaarnaq contempló la colina y los límites de la ciudad. Los grupos dispersos de casas de madera rojas, verdes, azules y amarillas brillaban bajo la luz anaranjada del sol otoñal. El mar entre la pequeña ciudad y las montañas del brazo opuesto del fiordo estaba repleto de témpanos de hielo del casquete polar: algunos habían encallado en la orilla; otros se movían lentamente con la marea. La nieve se había posado sobre las rocas formando largas lenguas en las montañas, varias se abrían camino hasta el mar. Pronto lo cubriría todo.

Se sentaba allí todos los días, cerca de un sendero silvestre allanado por décadas de pisadas de cazadores y presas. Desde ese punto podía ver casi todas las casas de Tasiilaq, la ciudad que odiaba más que cualquier otro lugar en el mundo. Podía ver adónde iban los coches cuando salían del helipuerto y también, a través de la mira telescópica de su rifle, a la gente yendo y viniendo de las casas.

Dos hombres permanecían de pie no muy lejos de ella. Pocos minutos antes habían salido del camino, trazando un arco a su alrededor. Vio que uno señalaba en su dirección mientras el otro asentía.

Ambos llevaban rifles colgando del hombro, pero tenían las

manos vacías. Ninguna presa colgaba de los cinturones, tampoco parecía haber nada en el interior de las mochilas. Pero no hablaban de eso, sino de ella. A nadie le gustaba una mujer con rifle. Y menos aún una que se limitaba a sentarse en ese camino día tras día.

Tupaarnaq estaba segura de que la mayoría de la gente de Tasiilaq sabía quién era ella, pero nadie la saludaba; nadie le dirigía la palabra.

Cerró los ojos mientras se llevaba una mano al cuero cabelludo. La piel desnuda estaba fría. Tensa. Si hubiera podido sentir el frío, en ese instante estaría congelada; llevaba mucho tiempo a la espera, sentada en silencio, y la temperatura ya debía de estar por debajo de los cero grados. Inspiró hondo. El aire parecía purificador.

En Tasiilaq la gente prefería mantener la boca y los ojos cerrados, aunque todo el mundo sabía lo que estaba pasando.

Tensó los músculos bajo la ropa negra. Primero los brazos, luego el pecho, el estómago y las piernas. Encajó la mandíbula, con los dientes apretados. Los tendones se estiraron de nuevo y se relajaron bajo la capa oculta de tatuajes.

El viento soplaba helador en la coronilla. Dejó escapar el aire y abrió los ojos. Los dos hombres seguían allí. «¿Qué estáis mirando?», murmuró para sí. El aliento se condensó en el aire frente a los labios mientras tendía el brazo hacia el rifle. La madera fría y el acero estaban resbaladizos. Limpios. Levantó el arma y con la mano derecha metió un cartucho en la recámara. Con toda la calma del mundo, se apoyó la culata en el hombro y apuntó en dirección a los dos hombres.

Uno de ellos se apresuró a llevarse el rifle al hombro, pero no consiguió siquiera apuntar antes de que ella disparara. Los dos retrocedieron de un salto mientras el eco del disparo ascendía por la ladera escarpada, montaña arriba a su espalda.

—¿Qué coño haces, loca de los demonios? —gritó uno de los hombres, entre grandes aspavientos—. ¡Vuelve al sitio del que has salido!

Ella bajó el rifle. El otro hombre también le gritó, pero Tupaarnaq no escuchaba. Su mirada reposaba en un sauce enano, cerca de los cazadores.

—¡Eh!

La chica levantó la vista y lo miró a los ojos mientras comenzaba a caminar hacia ellos. Se había vuelto a echar el rifle a la espalda.

—No te queremos aquí —prosiguió el hombre—. Lárgate a casa.

—Yo nunca he tenido casa —contestó ella.

—No, eso es lo que pasa cuando uno mata a su propia familia. —Ahora la voz del hombre temblaba.

Tupaarnaq se detuvo. No había más de cinco metros entre ellos. El que había hablado seguía con el rifle pegado al pecho. Los dedos rígidos agarraban la culata.

—Sólo maté a uno —replicó ella con los músculos vibrando bajo la piel—. Y no era un ser humano.

El hombre levantó el rifle para disparar.

—Hija de puta...

—Quieto —ordenó el otro, y puso una mano en el hombro de su amigo—. No puedes dispararle.

—¿Por qué no? A nadie le importa una mierda esa asesina —insistió el del rifle. La observaba más allá del cañón de su arma a través de la mira telescópica.

—No merece la pena —dijo el otro.

Tupaarnaq resopló y miró de arriba abajo al hombre furioso.

—Estás igual de podrido que tu hermano.

—¡Era tu padre! —gritó él.

—Era un cerdo —respondió Tupaarnaq—. Yo nunca he tenido padre.

El hombre bramó y apuntó con el rifle a una roca que estaba a dos metros de Tupaarnaq. Tiro a tiro, vació el cargador. Los disparos flotaban en el aire con pesadez. A Tupaarnaq le pitaban los oídos. En los lugares donde impactaron los proyectiles se levantaron pequeñas nubes de suciedad y nieve pulverizada.

—Exactamente igual que tu hermano —añadió mientras negaba con la cabeza.

El otro tipo agarró de la chaqueta al que había disparado. Miró fijamente a Tupaarnaq por encima del hombro de su amigo.

—No deberías estar aquí —dijo con delicadeza—. Haces que la gente se sienta insegura y se enfade.

—Me volveré a Nuuk cuando haya acabado —dijo, y comenzó a avanzar de nuevo hacia ellos.

Se agachó y cogió una liebre muerta de entre los matorrales árticos. La sangre le había manchado el blanco pelaje. Sostuvo la liebre delante de su cara y torció la cabeza mientras la examinaba. Luego se encogió de hombros y tiró el animal muerto a los pies de los dos hombres, los rodeó y comenzó el descenso hacia la ciudad.

Llevaba casi dos meses esperando, algún día aparecería, estaba segura. Un día subiría por ese sendero y ella le pararía los pies igual que hacía más de doce años se los había parado a su padre aquel día en que llegó a casa y se lo encontró sentado junto a los cadáveres de su madre y sus hermanas pequeñas. El rifle en la mano. Los gritos de él cuando lo abrió en canal desde el estómago hasta la garganta. La sangre. Su padre estaba muerto y llevaba pudriéndose mucho tiempo, y ahora le tocaba a Abelsen.

El experimento

Base aérea de Thule, 13 de febrero de 1990

La oscuridad se cernía sobre los cuerpos de los cinco hombres sentados en silencio en la nieve. La última medición que habían realizado mostraba trece grados bajo cero y el viento, que barría la capa superior de nieve y se arremolinaba en el aire en torno a ellos, empeoraba aún más la dentellada del frío.

Tom se miró el cuerpo. La nieve se había acumulado en gran parte de los pliegues de la ropa interior blanca de algodón. Al principio, el calor del cuerpo había derretido la nieve, pero ahora la piel bajo la fina capa de ropa estaba tan fría que había cuajado. La tela estaba tesa, congelada, pegada a la piel. Miró a los demás: sus tres amigos de la base y Sakkak, el joven groenlandés de la cercana aldea de Moriusaq. Llevaban por toda vestimenta ropa interior de militar: el fino algodón blanco de los calzones y de las camisetas de manga larga cubría sus cuerpos; todos llevaban zapatillas azules. Tenían nieve en las cejas y en el corto pelo, como perlas de hielo. La piel estaba pálida. La sangre se había batido en retirada, lejos de los vasos sanguíneos.

Sakkak temblaba de pies a cabeza y resoplaba. A cada segundo apretaba y soltaba las manos. Bombeando.

Lo habían incorporado a mitad del experimento, como individuo de control, y ese día era la primera vez que estaba fuera

con ellos. Necesitaban a alguien cuyo cuerpo reaccionase con normalidad.

Tom cerró los ojos. Sentía sus propios latidos y el fluir de la sangre bajo la piel. El corazón latía despacio, perezoso. El pulso, ralentizado. Le seguía doliendo el cuerpo, pero no tanto como en las primeras semanas del experimento.

La sensación de morir estaba presente. Por puro instinto, el cerebro luchaba contra el frío. Cada vez que se sentaban fuera en la nieve, notaba que el cuerpo atravesaba uno tras otro los estadios que le evitarían la muerte. Los músculos temblaban. Se le aceleraba el pulso. Los pulmones buscaban más oxígeno. La piel empalidecía.

Mientras no tuvieran un control total del riego sanguíneo de sus cuerpos semicongelados, el inuit era su seguro de vida. Cuando el groenlandés empezase a tiritar con fuerza y se le pusieran morados los dedos y los lóbulos de las orejas, sabrían que estaban cerca de llegar al límite y tendrían que meterse dentro. Ninguno había mencionado aún que estuviera helándose de frío, pero el punto crítico debía de estar cerca para todos.

Una fuerte ráfaga de aire golpeó las barracas y sacudió sus cimientos. Tom miró hacia el cielo, que parecía cernirse sobre ellos, gris y negro. No había luz que permitiera ver lugar alguno. Sólo nieve punzante. Se tocó las yemas de los dedos y las sintió ajenas, como si no estuviese a sí mismo. Echó una mano hacia atrás y golpeó la pared exterior de la barraca de madera. Al moverse, se le tensaron las articulaciones.

Los fueron llamando adentro uno a uno. Sakkak. Briggs. Bradley. Reese. Por último, Tom. No podían esperar dentro: debían monitorizarlos tan pronto como pasaban del frío al calor.

Tom respiró hondo cuando entró en la casa. El calor era intenso y de inmediato notó picores y pinchazos bajo la piel.

Los demás estaban sentados en un banco largo, con los cuer-

pos cubiertos de ventosas conectadas por medio de finos electrodos a una serie de aparatos de medición situados detrás de ellos.

Tom respiró con pesadez mientras se quitaba la camiseta y los calzones largos y se quedaba en calzoncillos. Encontró un sitio al lado del joven inuit y notó cómo las ventosas le presionaban la piel.

Sakkak miró a Tom.

—¿Eres danés?

—No, pero hablo el idioma.

—Los demás no lo hablan —prosiguió Sakkak—. Tampoco groenlandés.

—Son de la base. Estadounidenses.

—Me llamo Sakkak —se presentó el joven inuit con una sonrisa—. Mi danés tampoco es muy bueno. —Se frotó el muslo y carraspeó—. ¿También es la primera vez que estás aquí?

—No —respondió Tom, y tomó aire con dificultad por la nariz—. Llevamos con esto algo menos de dos meses.

—Vaya. —Sakkak enarcó las cejas—. Es mucho tiempo. —Seguía frotándose los muslos con las palmas de las manos.

—Tenemos que guardar silencio mientras hacen las mediciones. —Miró a Sakkak—. Me llamo Tom.

—Vivo con mi novia en Moriusaq —continuó Sakkak.

Tom asintió. Ya lo sabía.

—Soy cazador profesional.

Tom miró el diminuto cuerpo del inuit. Tenía la piel roja moteada con puntos blancos. Seguía tiritando.

Sakkak dirigió la mirada hacia las ventanas oscuras.

—Mi novia se llama Najârak. Tiene veintidós años y llevamos juntos casi tres. —Un escalofrío le recorrió de arriba abajo y se rio para sus adentros—. Ella es de Savissivik. Nos conocimos en Moriusaq el verano en que mi pueblo fue elegido como punto de reunión de muchas otras aldeas. Yo acababa de matar mi primer oso y Najârak tenía que descuartizarlo. No se le daba

bien del todo, así que me pidió que la ayudase, pero yo tampoco estaba seguro de cómo se hacía y acabamos los dos cubiertos de sangre. Nos miramos y nos empezamos a reír. —Sakkak miró de nuevo a Tom—. Este año hemos tenido un niño, se llama Nukannguaq. Estoy muy feliz de haberlo tenido.

—Eso es estupendo —dijo Tom—. Yo también tengo un hijo, pero está en Dinamarca con su madre. Tiene tres años.

—¿Dinamarca? —preguntó Sakkak—. Entonces debes ir a verlo pronto. Un hijo necesita a un padre que le enseñe, eso lo sé. A los huérfanos no los cuida nadie... Nukannguaq me tiene a mí.

—Tenemos que terminar con todo esto. —Tom hizo un gesto de barbilla hacia los aparatos y los investigadores que tomaban notas.

Sakkak sonrió y frunció el ceño.

—No entiendo por qué tengo tanto frío y vosotros no.

—¿Sargento Cave?

Tom giró la cabeza y miró por encima del hombro.

—¿Qué dice el esquimal este? —preguntó en inglés la voz a su espalda.

—Está hablando de su mujer y de su hijo.

—¿Y no puedes hacer que se calle?

Tom miró a Sakkak.

—Tenemos que estar callados. —Desvió la mirada hacia las ventosas que tenía en el brazo—. Interfiere en las mediciones.

Sakkak agachó la cabeza.

—Quizá las pastillas os funcionan mejor a los blancos.

Tom cerró los ojos y se enfrascó en sus pensamientos. Todavía notaba el burbujeo bajo la piel. La sangre se movía, corría libre de nuevo. Esta vez habían estado fuera más de una hora y no tuvo la sensación de estar congelándose ni un segundo. El cuerpo había estado rígido y le dolió al ponerse de pie, pero ni rastro de la sensación de frío.